

reja no como materia anecdótica, sino, y esto es lo que impide afirmar que nos hallamos ante un simple divertimento, en perfecta relación con el papel social de cada matrimonio. La cultura del individuo, el concepto de pareja y la lucha por el éxito económico constituyen una sola entidad. Así, mientras el arquitecto anda deshecho por sus problemas personales y su fuerte conciencia individual, o mientras el banquero declara su fracaso familiar, la pareja «ascendente» hace de su simpleza uno de los factores principales del triunfo económico. El hecho de que su fortuna la hayan obtenido como constructores de viviendas, no pasa de la connotación concreta que hace creíble y contemporánea la historia. Sin embargo, lo fundamental de la comedia es hacernos sentir que esa ingenuidad bobalicona de la pareja, la elementalidad de sus problemas, los dota de una insensibilidad casi decisiva para conseguir la riqueza.

Con lo que, en definitiva, y siempre dentro de su línea humorística, la obra se transforma en una reflexión sobre ciertas alteraciones ocurridas en el seno de la sociedad burguesa, con el advenimiento de una moral de «nuevo rico» perfectamente encuadrada en la realidad del «desarrollo». Por fortuna, Ayckbourn no cae en ninguna defensa melancólica de los viejos valores de la burguesía liberal, pero, encarnados en el banquero y en el arquitecto, es obvio que resultan, aun dentro de su egoísmo, mucho más respetables que el resentimiento y la barbarie de la «nueva clase del desarrollo». El final de la obra, con la pareja de constructores de bloques de casas haciendo bailar a los demás, sobrepasa la metáfora para convertirse en un testimonio del nuevo «reparto de poderes» practicado entre la burguesía.

En el fondo, quizá el

público, después de reirse toda la noche, no aplaudió como en las jornadas felices, porque sintió que algo serio la habían dicho además de los chistes. Algo que obligaba a pensar un poco...

Resultó, además, que la carga crítica de la comedia se vio potenciada por el hecho de tener su acción enmarcada en Navidad. El «espíritu festivo» de la sala recibió un suave baño de agua fría, y el que más y el que menos pudo sacar la conclusión de que la ceremonia permanece, pero el mundo cambia. Y que por muy «familiares» que sean las Navidades, y muy sinceras las treguas matrimoniales que tácitamente se firman con tal motivo, la procesión continúa. Es decir, la ferroz lucha económica y el cansancio de la pareja.

Fue decisivo que, bajo la dirección de Jaime Azpilicueta, la obra contara con seis actores muy eficaces e inteligentemente aplicados a caracterizar sus distintos personajes. Eran: Mary Carmen Yepes, Fernando Guillén, José Vivó, Marisa de Leza, María José Alfonso y Francisco Valladares, todos los cuales consiguieron darle a la comedia, dentro de su tono menor, una justeza escénica nada frecuente en nuestros pagos, siempre predispuestos a sacar, por una u otra razón, las cosas de madre. ■ JOSE MONLEON.

## CINE

### El aislamiento de un grupo humano

«Zandy's bride» es la primera —y, al parecer, única— película que Jan Troell rueda para la in-

dustria de Hollywood. Contratado por la Warner Bros después del éxito que tuvieron en Estados Unidos «The emigrants» («Utvandrararna») y «The new land» («Nybyggarna»), en las que, adaptando a lo largo de casi cinco horas la crónica novelada de Vilhelm Moberg, Troell narra la epopeya de los campesinos suecos que, a mediados del siglo XIX, huyeron de la pobreza y explotación sufrida en su país para intentar la aventura del Nuevo Mundo, el realizador escandinavo no ha dejado de mostrar su decepción por el sistema de trabajo norteamericano. En todos sus anteriores films, Troell había efectuado tanto la dirección como las labores de fotografía y montaje, con un sentido casi artesanal de la obra cinematográfica, cuyo proceso él controlaba en todos sus pasos, pudiéndoles dar así un carácter personal. Sin embargo, Hollywood le fascinaba, y ya hace años manifestó su deseo de colaborar «hasta como foto-fija» con un director americano: «Quisiera aprender más sobre el cine en ese ambiente», insistía. El hecho de que la Warner distribuyese mundialmente «The emigrants» y «The new land» con el éxito citado, facilitó las cosas. Sin embargo, el resultado para él ha sido negativo. Liv Ullmann, protagonista de estos dos films y de «Zandy's bride», lo testimoniaba en la charla que mantuvo con Rosa Montero para «Nuevo Fotogramas»: «Troell no estaba muy feliz con el film, y no creo que siga haciendo películas en los Estados Unidos. El es un realizador artesano, le gusta hacerlo a él todo, mirar él por la cámara, es un excelente fotógrafo. Y allí, en América, le rodearon de cincuenta camarógrafos y de cien señores más y no se entendía muy bien con el sistema americano».

No es éste, por supuesto, el primer caso, ni será el último, de cineasta europeo decepcionado por Hollywood. Pero, al margen de repercusiones íntimas,



Jan Troell, realizador de «La esposa comprada», con los premios obtenidos en el Festival de Berlín de 1968 por «Ole dole doff».

tampoco «Zandy's bride» —estrenada en España como «La esposa comprada»— es, ni mucho menos, un film sin interés. Cierto que no tiene la espléndida calidad de «Här har du ditt liv» (1966), comenzada a exhibir ahora en España con el título «El fuego de la vida», y «Ole dole doff», vencedora en el Festival de Berlín de 1968, los dos primeros largometrajes de Troell que le situarían —junto con Bo Widerberg, curiosamente también nacido en Malmö, un año antes (1930) que su compañero— a la cabeza de los directores suecos de la generación posterior a Bergman. Pero, no obstante esa menor entidad de «Zandy's bride» respecto a las cuatro obras anteriores de Troell, conserva el eco de varios de sus mejores ingredientes. Así, el sentido épico de la narración, su tratamiento de los personajes en directa conexión con unas circunstancias colectivas, la capacidad para describir un determinado escenario y, ante todo, su estudio de una comunidad sometida a múltiples tensiones y conflictos.

Porque si, sucesivamente a lo largo de su filmografía, Troell ha ido observando el naci-

miento de un joven proletariado, el enfrentamiento maestro-alumnos de una escuela y las vicisitudes de unos emigrantes, en «La esposa comprada» fija su atención en un grupo humano cuya realidad viene motivada por el hecho del aislamiento. Viviendo en montañas a las que sólo puede accederse mediante un difícil camino, cortados a pico de un mar que les sirve de cuando en cuando como medio de transporte, habitando casas muy distantes unas de otras, dedicados a la cría de ganado, los personajes del film sólo conservan del «western» habitual algunas de sus indumentarias y costumbres. La soledad es su verdadero centro y protagonista, inconexas como están de cualquier otro mundo, en el que necesariamente se sienten extraños. Y es por el estudio de tal grupo humano, por el acercamiento casi antropológico que Troell efectúa, por lo que —pese a su brevedad, a la excesiva escasez de datos— «La esposa comprada» merece nuestra atención.

De ese grupo humano, y como representante típico de él, surge Zandy Allan (Gene Hackman), cuya relación con su esposa (Liv Ullmann),

sólo conocida en principio mediante un anuncio que ella inserta en un periódico ofreciéndose para el matrimonio, va a llenar la trama argumental del film. La brutalidad de Zandy, su machismo, el modo de semiesclava-semiprostituta en que trata a su mujer, encuentran la decidida oposición de ésta, quien, después de sucesivas rupturas, acaba por modificarle, por humanizarle, hasta llegar a una mutua comprensión en un final acomodaticio y blandengue. Pero pienso que más allá de este contraste de psicologías que sólo hace repetir, invertido, el esquema de «La fierecilla domada», es en el citado análisis del aislamiento, en la particularidad de un medio físico (muy bien fotografiado) y en la valía de dos excelentes intérpretes, donde hay que encontrar los puntos positivos de «La esposa comprada». ■ FERNANDO LARA.

### El cine «sexy» celtibérico

Ya estamos acostumbrados a que las «comédias» españolas, salvo las escasas ocasiones de rigor, tengan como «leit motif» el problema del sexo, pero entendido siempre en una vertiente pícarra y como resultado de la exposición enfermiza de las represiones e infantilismo de quienes lo realizan. Teniendo como ejemplo máximo las películas interpretadas por Alfredo Landa, ya no nos sorprende que toda la «temática» de este cine consista en mostrar las obsesiones de un excitado español que trata de «ligar» a una espléndida señora (ataviada con los complicados camisones aprobados por la censura o, sin venir a cuento, con los mínimos e imprescindibles elementos íntimos que disimulen el desnudo), pero sin lograr nunca su objetivo; el tal español no logrará en ningún momento ligar a esa señora, y, a cambio, descubrirá los